
De la autoexclusión al radicalismo participativo. Escenas de un proceso feminista

Marta Lamas

Este es un ensayo acerca de los modos de intervención política del movimiento feminista. Pero el criterio con que los exploro se refiere más a las transformaciones en su imaginario político que a la evolución de los formatos de organización y las orientaciones estratégicas. Concretamente, mi interés es rastrear el paso de una visión de la política como territorio extranjero (o práctica masculina) a una reivindicación del juego político como algo necesario y propio. Este paso de la protesta a la propuesta se expresa en la creciente profesionalización de la intervención feminista en la vida pública nacional.

Estas páginas requieren algunas precisiones. En primer lugar, mi reflexión cubre un periodo de treinta años, dado que el feminismo vuelve públicamente a México a principios de los años setenta.¹ En la primera etapa de su resurgimiento el movimiento se dedica más a impugnar y denunciar las acciones del gobierno y de los partidos que a dialogar con las autoridades o construir alianzas políticas. Recién en los años noventa el movimiento se inserta en la dinámica nacional vía el ejercicio ciudadano de sus militantes y de sus exigencias a participar en la formulación de políticas públicas.²

¹ Con antecedentes desde el siglo XIX, hay un movimiento feminista desde la primera década del siglo, que sostiene su fuerza hasta los años cuarenta. De ahí que hable de "resurgimiento". Ver Gabriela Cano, "Revolución, feminismo y ciudadanía en México (1915-1940)", en *Historia de las Mujeres. El siglo XX*, editora Françoise Thébaud, Taurus, Madrid, 1993.

² Retomo algunas apreciaciones del documento "Encuentros y desencuentros: el movimiento amplio de mujeres en México, 1970-1993", de M. Lamas, A. Martínez, M. L. Tarrés y E. Tuñón, Fundación Ford, mimeo, México, 1993.

En segundo lugar, si bien este ensayo surge a partir de la experiencia del feminismo en México, no se trata de una reflexión puramente local. Muchos de los temas y problemas tratados aquí también aparecen en los debates del feminismo latinoamericano. Sin ir más lejos, la propia evolución de la protesta a la propuesta a la cual hago referencia no es algo aceptado por todos los sectores del feminismo en México o en el resto de América Latina.

Por último, y directamente ligado con la ausencia de homogeneidad del movimiento en los distintos países de la región, el feminismo no es unidimensional y la diversidad de organizaciones, corrientes y orientaciones en su seno impide hablar de un sujeto dotado de una unidad a priori. La unidad es siempre una tarea, no un presupuesto.

Es por eso que la reflexión que presento a continuación combina dos cosas. Por una parte, la descripción de una dinámica política caracterizada por la conjunción del pensamiento mujerista³ con una política arraigada en la identidad; por otra, el registro de su transformación gradual en dirección a una intervención más eficaz, más pragmática también, en la esfera pública. Esto evidentemente comporta un riesgo, pues sé que al abordar esquemáticamente una parte del proceso, el aspecto "político" en detrimento de la dimensión cultural del feminismo, dejo fuera cuestiones relevantes, como la integración del discurso crítico cultural.

Como he sido activista de lo que voy a analizar, reconozco de antemano el riesgo de parcialidad en esta reflexión (ya Freud señaló que la memoria es selectiva). Sin embargo, estoy convencida del valor de la autocrítica en torno a las enormes dificultades (pasadas y presentes) de las feministas para desarrollar un trabajo público concertado y también un diálogo interno. Sobre todo, me importa consignarlo porque las complejidades de la participación feminista no se expresan en las escasas referencias publicadas. Tal parece que las feministas mexicanas adolecen de graves trabas para registrar su historia, su desarrollo, su debate. Así como "el estrépito de la militancia crea sordera respecto a los logros"⁴, también deja poco tiempo para el

³ El mujerismo es una concepción que esencializa el hecho de ser mujer, idealiza las condiciones "naturales" de las mujeres y mistifica las relaciones entre mujeres. Una típica actitud mujerista es hablar en nombre de las mujeres, como si estas tuvieran una posición uniforme en la sociedad.

⁴ Carlos Monsiváis, comunicación personal, 29 de noviembre, 1998.

registro de lo vivido y para la conceptualización. Casi no se discute por escrito, ni se analizan las virtudes ni los vicios de las prácticas que el movimiento impulsa, ni se elaboran informes o testimonios. Esta carencia de materiales publicados obstaculiza un debate político riguroso y sostenido, y también la falta de un verdadero debate intelectual incide en la ausencia de autocrítica y de reflexión colectivas.

El rechazo a la política tradicional

En general, en el feminismo mexicano ha prevalecido la idea de que todo es político, es decir, todo se vincula al ejercicio del poder; en menor grado, se conceptualiza a la política como negociación y gestión. Ambas concepciones coexisten, se cruzan y entran en conflicto. Por eso resulta más que pertinente la distinción que señala Chantal Mouffe⁵ entre lo político y la política. Ella propone designar como lo político la dimensión de antagonismo y de hostilidad entre los seres humanos —antagonismo manifestable en formas múltiples y surgido a partir de cualquier tipo de relaciones sociales— y como la política la práctica que pretende establecer un orden y organizar la coexistencia humana (esto en condiciones muy conflictivas por estar siempre atravesadas por lo político). La política consiste en “domesticar” la hostilidad y tratar de neutralizar lo político: el antagonismo de poder en las relaciones humanas.

La tradición feminista vincula la política a un ejercicio del poder en cualquier ámbito, en el sentido que Mouffe señala como político: allí donde existe una relación de poder hay una relación política que puede potenciarse o interrumpirse. Pero al asociar así política con poder, muchas activistas desarrollan un cierto rechazo o desprecio por cualquier actividad que signifique gestión o negociación política. Al asumir esta idea totalizante de lo político (de ahí la reivindicación clásica del feminismo: “lo personal es político”), el movimiento ha relegado el desarrollo de la política como práctica y ha tenido problemas para insertarse en la dinámica política nacional.

⁵ Ella hace una interesante reflexión a partir del trabajo clásico de Carl Schmitt. Ver Chantal Mouffe, “Por una política de la identidad nómada”, en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, pp. 3-13.

Esto ocurre también porque las feministas han construido su práctica política a partir de su identidad como mujeres, favoreciendo un discurso político ideológico cercano al esencialismo: las mujeres somos, las mujeres queremos, etc. Este discurso, que facilita un enganche identificatorio, dificulta la articulación con la política nacional. Esto ha pasado con el feminismo en México.

Aunque en los años setenta el movimiento feminista logró construir para sí una presencia en el espacio público, no pudo traducir sus propuestas al lenguaje de las transacciones políticas, ni volvió comprensible su discurso en otros sectores. Debe recordarse un hecho: en los grupos feministas que intentaban trabajar en ámbitos populares durante el resurgimiento feminista en la ciudad de México predominaban las mujeres de clase media, con alto índice educativo y una trayectoria política de izquierda. Al tener resueltos individualmente sus problemas domésticos y de cuidado de los hijos, la mayoría de estas activistas vivió el feminismo más como instrumento de análisis o de búsqueda personal que como necesidad organizativa para enfrentar esa problemática. Además, estos grupos, casi en su totalidad izquierdistas, desarrollaron una postura ideológica de oposición a los vínculos con instancias gubernamentales.

También el discurso del movimiento estaba teñido por la lógica del todo o nada. La tesitura desde la cual las feministas planteaban sus demandas estaba hiperradicalizada.⁶ Esto, junto con la negativa a aceptar formas políticas tradicionales, pues la forma y la lógica organizativas de los grupos feministas, en especial lo relativo al liderazgo y la representación, eran distintas de las asumidas por los demás actores políticos, fueron obstáculos prácticos que las volvieron ineficaces políticamente al encerrarlas en su utopía revolucionaria. Aunque en distintos momentos los grupos construyeron instancias de coordinación (la Coalición de Mujeres Feministas en 1976 y el Frente

⁶ Un caso muy claro es el del aborto. Esta demanda aglutinó a diversos grupos feministas en la Coalición de Mujeres Feministas con la exigencia de "aborto libre y gratuito". Cuando en 1980 se abre la posibilidad de presentar un proyecto de ley vía el recién registrado Partido Comunista Mexicano (PCM) el debate entre los distintos grupos se centró en el término que debía fijar la ley: unos grupos proponían los tres meses comunes, mientras que otros insistían en que no debía fijarse un límite, que las mujeres debían tener el derecho de abortar cuando ellas quisieran, incluso a los cinco, seis o siete meses.

Nacional de Lucha por la Liberación y los Derechos de las Mujeres, FNALIDM, en 1979), la visibilidad adquirida por determinados grupos o por ciertas integrantes del movimiento generó malestar y animadversión. Los conflictos se exacerbaban al convertirse unas cuantas "caras públicas", en el lenguaje de los medios de comunicación, en "líderes" del movimiento. Irritó demasiado esta publicidad, impuesta por la lógica comunicativa de masas como "representación". Pero también las "irritadas" mostraron buena dosis de envidia y obcecación al olvidar los beneficios de contar con ciertas figuras públicas que encarnaran las demandas feministas.

La negativa a designar representantes enmascaró un afán competitivo, cargado de sentimientos negativos, y se convirtió en un freno al desarrollo político de algunas compañeras. El rechazo a concentrar en unas pocas la voz de todas se volvió un problema constante, muy significativo.

Al actuar a través de grupos identitarios y no establecer relaciones políticas con otras fuerzas, el movimiento se aisló y excluyó de la política nacional. Fue deficiente su capacidad de respuesta ante situaciones de coyuntura y sólo en contadas ocasiones se logró presencia política de las feministas. Sin canales de comunicación más formales, se ignoraron las posturas del movimiento o éstas fueron manipuladas por los medios de comunicación. Sin figuras visibles, se "invisibilizó" la actividad feminista en el ámbito nacional.⁷

Fue alto el costo político de canalizar los esfuerzos en sólo conseguir un espacio y un reconocimiento dentro de la izquierda. Las feministas se apartaron de procesos políticos más amplios, restringiendo su perspectiva global. Además, la ausencia de una cultura democrática interna en el manejo de los problemas surgidos por la multiplicidad de concepciones y niveles de conciencia que se expresaban desgastó a los grupos. Asimismo, fueron incapaces de ponerse

⁷ Un ejemplo: en 1975 la mayoría de los grupos feministas decidió no participar en la conferencia gubernamental ni en las actividades que el gobierno promovería por el Año Internacional de la Mujer (AIM). Denunciaban al AIM como evento manipulado, y creían que Naciones Unidas se había "montado" sobre la causa feminista para mediatizarla. Por esta ausencia en el espacio oficial, los medios no registraron la protesta y las delegadas extranjeras que inquirían sobre un feminismo mexicano recibieron la respuesta de "no existe".

de acuerdo sobre el significado de la autonomía, palabra clave en el léxico del movimiento.

En este contexto, no sólo los escollos derivados de las propias demandas feministas (en especial la de aborto) obstaculizaron un desarrollo político con consensos y estrategias unitarias de acción; también fue casi insuperable la dificultad para establecer relaciones políticas no personalizadas. Es sabido que mucha de la dinámica de la acción colectiva tiene incentivos y necesidades psicológicas.⁸ Desde la postura radicalizada del feminismo de los setenta "luchar" fue un fin en sí mismo, haciendo a un lado el resultado de la lucha. Así, las activistas se intoxicaron con su propia radicalidad y dedicación, felices por las horas sacrificadas a la militancia, embriagadas con "identidad" y sin gran interés por el impacto en la vida pública del país. La ideología mujerista, la visceralidad y las dinámicas de encapsulamiento (con sus grupos de iniciadas), no obstante su singular ineficacia, gratificaban en el plano personal. De allí la persistencia inquietante de muchas feministas en la doble vertiente del ensimismamiento identitario: victimista y narcisista.

Además, el movimiento debió lidiar no sólo con la inmadurez política de sus militantes, sino con sus conflictos afectivos. Al no conseguir la participación política en el plano nacional, cobraron fuerza las emociones personales, de pasión o de resentimiento amoroso. Así, a los grupos feministas los afectó el cruce subterráneo de vinculaciones o agravios íntimos que, en la marginalidad política, intensificaron reacciones aparentemente irracionales.

El *mujerismo*⁹ fue clave en la resistencia para aceptar liderazgos, lo que hizo de la representatividad un problema crónico. ¿Si todas somos iguales, cómo "distinguir" a una como líder? Según Celia Amorós¹⁰ el conflicto ontológico de la mujer para alcanzar su calidad de sujeto y de ciudadana radica en que en el espacio público los sujetos del contrato

⁸ Ver la espléndida reflexión de Albert O. Hirschman, *Interés privado y acción pública*, FCE, México, 1986.

⁹ Ver nota 3 para la definición de mujerismo.

¹⁰ Celia Amorós desarrolla ampliamente esta idea en "Espacio de los iguales, espacio de las idénticas. Notas sobre poder y principio de individuación", en *Arbor*, Madrid, diciembre, 1987. Ver también *Feminismo, igualdad y diferencia*, Cuadernos del PUEG, México, 1995.

social¹¹ se encuentran como iguales; las mujeres, relegadas al espacio privado, quedan excluidas. Como en el espacio privado no hay poder ni jerarquía que repartir, se convierte en un espacio de lo indiscernible, donde las mujeres se vuelven, en palabras de Amorós, idénticas, o sea, sustituibles por otra que cumpla esa función femenina. Esta vivencia de las mujeres como idénticas en el campo de lo indiscernible socialmente, obstaculiza el diferenciarlas y el diferenciarse. También, debido a la forma de vinculación de las mujeres con el mundo —el amor como vía de significación, el ser para los otros— las feministas desarrollan una lógica amorosa —todas nos queremos, todas somos iguales— que no les ha permitido aceptar conflictos y diferencias. Para que las mujeres emerjan como sujetos políticos plenos, como ciudadanas, es preciso desmontar este entretejido de autocomplacencia y, como señala Amorós, dejar de ser idénticas.

Al intensificarse estos conflictos mujeristas, la primera etapa del resurgimiento feminista, que vio florecer a distintos grupos y proyectos, cerró su ciclo a principios de los ochenta. Vinieron tiempos de balance interno y de reflujo, así como del surgimiento del movimiento popular de mujeres. En estos años, el rango de la actividad feminista pasó de los pequeños grupos de autoconciencia a modelos nuevos de militancia comprometida, especialmente el de participar asalaradamente en grupos constituidos como asociaciones civiles. Varias feministas, después de enfrentar las estrecheces de la sobrevivencia, se constituyeron en dichas asociaciones (también denominadas organizaciones no gubernamentales, ONG), y solicitaron financiamiento de agencias internacionales. Pero los fondos recibidos no eran para desarrollar una infraestructura feminista,¹² sino para proyectos relativos a la pobreza, que implicaban un apoyo directo a mujeres de sectores populares. Esto configuró un estilo de trabajo que se llamó “feminismo popular”, y que favoreció el crecimiento de las bases del movimiento amplio de mujeres.¹³

¹¹ La conceptualización de la mujer como perteneciente al ámbito de la naturaleza es la razón por la cual no se la concibe como sujeto del contrato social.

¹² A diferencia del financiamiento que se otorgó en otros países latinoamericanos, como en Perú al grupo Flora Tristán y en Chile a La Morada.

¹³ Esta tendencia del feminismo “popular”, a la que se le puso el mote de “populárica”, estuvo constituida principalmente por feministas socialistas, mujeres

También distintas orientaciones políticas consolidaron la formación de redes temáticas,¹⁴ que reemplazaron a las estructuras formalizadas del movimiento, como la Coalición y el FNALIDM. Una función importante de estas redes de coordinación fue impulsar la creación de una conciencia de vinculación nacional a lo largo y ancho del país. Pese al reflujo de las feministas en la ciudad de México, las redes propiciaron encuentros¹⁵ en otras regiones del país y diálogos o enlaces muy significativos con interlocutores externos, como las instituciones académicas, sectores gremiales y algunos funcionarios de la administración pública, sensibles a las demandas del movimiento popular de mujeres. El “feminismo popular” creció, tratando de no imponer una dirección a las acciones populares, pero sí de introducir la reflexión feminista, que empezó a sistematizarse en ámbitos académicos como el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), de El Colegio de México: el área de Mujer y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco y el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La crisis ante la política feminista

El terremoto de 1985 hizo posible un avance del movimiento popular de mujeres en las zonas marginadas de la ciudad de México.¹⁶ Sin entrar a analizar su composición y alcance, vale subrayar un saldo

cristianas y ex-militantes de partidos de izquierda. Ver *Feminismo y sectores populares en América Latina*, Jornadas feministas, México, D. F., noviembre de 1986. Editado por EMAS, CIDHAL, GEM, MAS, CEM, COVAC, APIS, septiembre, 1987.

¹⁴ Por ejemplo: la Red Contra la Violencia a las Mujeres, la Red Feminista Campesina y la Red de Educadoras Populares.

¹⁵ Varios grupos feministas plantean la necesidad de ponerse en contacto con los grupos surgidos en otras partes del país y convocan a los Encuentros Nacionales (1981, 82, 83, 84 y 89). Además de las reuniones de feministas, entre 1980 e inicios de 1987, se realizan diez encuentros nacionales y sectoriales amplios de trabajadoras, campesinas o colonas, con una asistencia promedio de 500 mujeres en cada uno y, cuando menos, medio centenar de reuniones locales o regionales de núcleos femeninos populares.

¹⁶ Para una visión más amplia, ver Esperanza Tuñón, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*, Miguel Ángel Porrúa/PUEG/Ecosur, México, 1997.

relevante de su impacto político en 1985 y 1986: muchas feministas asumieron la necesidad de negociaciones puntuales sobre asuntos ciudadanos, y esto fue modificando lentamente la concepción feminista de la política, especialmente en lo relativo a la relación con el estado.

En contraste con el movimiento feminista, las organizaciones populares sí se convirtieron en una alternativa de participación. Sólo que las demandas que movilizaron a estas mujeres no tocaban las tres exigencias básicas del feminismo: aborto libre, rechazo a la violencia y respeto a la orientación sexual,¹⁷ a pesar de que precisamente ese sector es el que más padece las consecuencias de la penalización del aborto, de la falta de educación sexual y de los abusos en materia de violencia sexista.¹⁸ Además del mujerismo, la inhabilidad de los grupos feministas para enfrentar los conflictos de democracia interna, liderazgo y pluralismo, fueron decisivos en las dificultades para consolidar su trabajo en estas instancias populares.

Así, al problema del liderazgo/representación, se enganchó el desafío de articularse con otros grupos políticos. Impulsar una concepción política más afinada, desde donde desarrollar formas organizativas más eficaces, requiere de un entendimiento fundamental: la oposición privado/público es una invariante estructural que articula las conceptualizaciones ideológicas de lo masculino y lo femenino. Esa concepción no puede ser incorporada por mujeres que sacralizan su propia identidad: mujeres que se sienten víctimas totales o que se creen en lo fundamental más buenas, sensibles y honestas que los hombres. Estas víctimas y heroínas no consiguen establecer relaciones políticas entre sí y con otras personas.

Un evento simbólico, que puso esto en evidencia confrontando los distintos paradigmas políticos feministas, fue el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en Taxco en 1987. Un

Un recuento de una intervención específicamente feminista está en M. Lamas, "El movimiento de las costureras", en la revista *fem.*, núm. 45, abril-mayo, 1986.

¹⁷ Esas tres demandas, que unieron a los grupos feministas en torno a la Coalicón en 1976, siguen a la fecha definiendo la agenda básica del feminismo.

¹⁸ La violencia sexista tiene dos vertientes: la doméstica, que cruza todas las clases sociales, mientras que la violencia en la calle, especialmente las violaciones, se concentra en las mujeres de sectores populares.

conflicto central giró en torno al carácter de la reunión: mientras las feministas “populares” defendían la participación de todas las mujeres, las de otras tendencias hablaban de la necesidad de un debate profundo sobre el quehacer político feminista. Aunque el grupo coordinador logró evitar el predominio de una sola concepción política, persistió el enfrentamiento entre las tendencias. Finalmente se acordó respetar la pluralidad y se aceptó la participación de todas las mujeres que se asumieran como feministas.

A Taxco asistieron más de 1 500 mujeres, y hubo espacios para discusiones alrededor de la identidad y el cuerpo, y para examinar el tema de las alianzas y las propuestas para generar una fuerza política. En realidad, hubo dos encuentros paralelos. La participación masiva se caracterizó justamente por la afluencia de mujeres de organizaciones políticas, militantes de los movimientos populares, madres de desaparecidos, cuadros de organizaciones campesinas y sindicales, cristianas de la teología de la liberación, grupos de exiladas y un número enorme de centroamericanas involucradas en la guerra y en la política en sus países. Se hizo evidente la fuerza del feminismo popular al mismo tiempo que se mostró la escasa participación de una base social de clase media aunque, paradójicamente, de allí proviene la minoría activa —las “líderes”— del movimiento feminista.

Una propuesta puente para unir a las dos tendencias fue el documento crítico¹⁹ elaborado por feministas “históricas”, orientado a: a) estimular el reconocimiento de la diferencia y del conflicto en la práctica política del movimiento; b) reconocer el ejercicio del poder en su interior, y c) admitirlo como recurso de transformación. El documento planteó la existencia de diez mitos, que se entrelazan y se retroalimentan entre sí, configurando un pensamiento que genera una práctica política vulnerable e ineficaz. Estos mitos expresaban el tono general de la política feminista en la región:

¹⁹ El documento “Del amor a la necesidad”, por Haydée Birgin (Argentina), Celeste Cambria (Perú), Fresia Carrasco (Perú), Viviana Erazo (Chile), Marta Lamas (México), Margarita Pisano (Chile), Adriana SantaCruz (Chile), Estela Suárez (México), Virginia Vargas (Perú) y Victoria Villanueva (Perú). La redacción estuvo a cargo de Viviana Erazo, Marta Lamas y Estela Suárez. Publicado en la revista *fem.*, año 11, núm. 60, diciembre, 1987.

1. A las feministas no nos interesa el poder.
2. Las feministas hacemos política de otra manera.
3. Todas las feministas somos iguales.
4. Existe una unidad natural por el sólo hecho de ser mujeres.
5. El feminismo sólo existe como una política de mujeres hacia mujeres.
6. El pequeño grupo es el movimiento.
7. Los espacios de mujeres garantizan por sí solos un proceso positivo.
8. Porque yo mujer lo siento, vale.
9. Lo personal es automáticamente político.
10. El consenso es democracia.

El tiempo ha erosionado la vigencia de esos mitos, pero en ese momento dominaban el imaginario colectivo del movimiento. Los mitos expresaban los supuestos de una política identitaria que, con su igualitarismo militante, paralizó una política eficaz. También denunciaban el mujerismo gracias al cual, en infinidad de ocasiones, los pequeños grupos feministas acababan volviéndose guetos asfixiantes, donde la autocomplacencia frenaba la crítica y el desarrollo, y donde era imposible reconocer diferencias para fijar una representación. Por eso, la lectura del documento generó una amenaza implícita entre varias compañeras que vivían el feminismo como un sitio de pertenencia identitaria muy arraigada.

¿Por qué tiene tal potencia movilizadora la identidad? ¿Por qué produce victimismo? Pietro Barcellona plantea que precisamente el “terreno de una recuperación de la subjetividad es la existencia del sufrimiento.”²⁰ El mecanismo que opera en esta victimización consiste en cobrar conciencia de sí a partir del dolor. “Yo soy una persona determinada porque tengo la experiencia del dolor”.²¹ De ahí parte la política de la identidad de numerosos movimientos sociales, que equipara la opresión con el conocimiento auténtico y hasta con la virtud: yo vivo esta discriminación, sé de qué se trata y soy virtuoso porque sufro. Es común creer que las personas más oprimidas, porque sufren más, son más perceptivas.

²⁰ Pietro Barcellona *El individualismo propietario*, Ed. Trotta, Madrid, 1996, p. 151.

²¹ *Idem*.

Una de las características de la política de la identidad es que desarrolla una "conciencia dividida"²² que incorpora, de un lado, un sentimiento de daño y victimización y, de otro, un sentimiento de identidad que deriva en potenciación²³ y crecimiento personal. Esta mancuerna favoreció el reclamo identitario feminista, pero frenó el desarrollo de una práctica política más amplia, necesaria para avanzar en espacios y demandas ciudadanas o en formas unitarias de organización.

El propio Barcellona señala: "el sufrimiento no puede convertirse en el contenido de una propuesta."²⁴ Además de que es imposible eliminar el sufrimiento, pues como seres humanos siempre estaremos expuestos a él como experiencia fundante (nuestras carencias, pérdidas y duelos), pretender que el hecho de sufrir sea suficiente para impulsar una propuesta política conduce a posiciones antintelectuales y populistas que entorpecen el desarrollo de una conciencia ciudadana compartida.

No se trata, para nada, de negar o callar las cuestiones identitarias. Pero el sentido de la vinculación social debe plantearse en términos distintos. Hay que estar conscientes del riesgo esencialista de hablar sólo en términos identitarios, por ejemplo: "nosotras las mujeres". Es totalmente legítimo reivindicar la identidad, pero tomando en cuenta la multiplicidad de los discursos y de las relaciones de poder que la atraviesan. Además, no existen identidades monolíticas sino identidades múltiples y fracturadas. Las identidades singulares son siempre construcciones míticas. No existe "La Mujer"; esa identidad está cruzada por otras: mujer joven campesina indígena evangélica no es lo mismo que mujer madura blanca urbana universitaria y atea. Al diferenciar entre distintas construcciones de la identidad se acepta que en ciertos momentos unas son más significativas que otras, y se cuestiona la idea de una identidad única, que supuestamente dota de sentido.

²² Ver Liz Bondi, "Ubicar las políticas de la identidad", en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, p. 26.

²³ Hay un debate sobre la traducción del término *empowerment*. Algunas personas optan por apoderamiento (Ver Martha Elena Venier "Por qué apoderar", en *debate feminista*, vol. 15, abril, 1997); otras utilizan el anglicismo "empoderamiento". Yo prefiero usar potenciación.

²⁴ Barcellona, *op. cit.*, p. 155.

Esta concepción hizo crisis en Taxco en 1987 y por eso muchas compañeras vivieron la crítica como ataque personal y una especie de traición o desviación de la supuesta “esencia” feminista. Así, en este encuentro, cuando se empezó a percibir a “las otras” como aquellas que negaban la identidad feminista propia, la relación entre “nosotras” y “ellas” se transformó en una relación amiga/enemiga, es decir, se convirtió en un antagonismo.

A partir de allí, en el campo de las identificaciones colectivas se ahondaron las diferencias de las dos grandes tendencias (radicales y populares) y se configuró la contraposición entre las “feministas de la utopía” y “feministas de lo posible”²⁵ que derivaría en la actual de autónomas e institucionalizadas.²⁶ Desgraciadamente, el movimiento no consiguió reconceptualizar su práctica política caracterizando la identidad no como esencia irreductible sino como posición que asumimos o que se nos asigna. Haberlo hecho hubiera implicado cambiar la pregunta “¿Quién soy yo?”, presente en algunas reivindicaciones de diversidad, por “¿Dónde estoy?”. El lugar me permite ver a las otras personas junto a mí. El énfasis en el dónde —en la posición— facilita el pensar de manera distinta cuestiones sobre la identidad.²⁷ Por ejemplo, pensar en la ubicación alienta una preocupación sobre las relaciones entre diversos tipos de identidades, y por lo tanto, sobre el desarrollo de una política basada en afinidades y coaliciones.

La lucha contra las formas excluyentes de la reivindicación identitaria requiere otra forma de identificación —que podemos calificar como ciudadana— fiel al pluralismo y los valores democráticos. En relación con esto Chantal Mouffe²⁸ describe la constitución de la identidad a partir de una multiplicidad de interacciones; al ser siempre un proceso que teje relaciones muy complejas entre varias formas de identificación, la identidad termina por ser una intrincada red de diferencias, un proceso.

Mouffe plantea un dilema: toda diferencia se constituye al mismo tiempo en oportunidad de unión y en antagonismo político, al ser

²⁵ La expresión surge durante el VI Encuentro Feminista en El Salvador 1993.

²⁶ Ver ensayos de Francesca Gargallo y Haydée Birgin, en *debate feminista*, núm. 15, abril, 1977.

²⁷ Bondi, art. cit.

²⁸ Mouffe, art. cit.

suficientemente fuerte para provocar un reagrupamiento efectivo de las personas en iguales y diferentes. Este es el gran dilema de la diversidad, y por eso la defensa del proyecto democrático exige tomar en cuenta la naturaleza de la diversidad. ¿Cómo enfrentar la diversidad, la multiplicación de los particularismos y el surgimiento de nuevos antagonismos? La respuesta: situándose en el contexto más amplio de las paradojas de la democracia pluralista, y dejando de engañarse con el consenso que eliminaría definitivamente la diversidad. Según Mouffe, el riesgo de que la democracia pluralista se trabe por la falta de identidades ciudadanas deriva en la multiplicación de enfrentamientos en términos de identidades esencialistas, con sus valores morales no negociables. Ese es el costo negativo del neocorporativismo²⁹ identitario.

El que el imaginario de los mitos siga haciendo estragos requiere un análisis sobre la relación entre la inmadurez política y la subjetividad. En cierto sentido parecería que las feministas viven la política nacional como un espacio amenazante.

La rearticulación política del movimiento

La necesidad de integrarse en la dinámica política del país condujo a varias feministas al examen severo de la idealización de su práctica política, que aunque se pretenda "diferente", frecuentemente se da de manera arbitraria y manipuladora, con un manejo negador y "victimizado" del poder. Además, al darse la crisis de Taxco en el marco del debate en torno a la gran movilización pre-electoral de 1988, en varios sectores de feministas cundió la inquietud de participar. Pero el movimiento en su conjunto no tenía propuestas sobre el proyecto de transición, ni tomó en cuenta la Reforma Política, pues en su visión del feminismo como opción "revolucionaria" la lucha por la democracia resultaba una cuestión reformista. En ninguna de las dos elecciones presidenciales (1976 y 1982) previas se exigió a los candidatos expresar su posición ante las demandas feministas. El movimiento no se pro-

²⁹ A diferencia del corporativismo tradicional, que organizaba a la colectividad sobre la base de asociaciones representativas de los intereses y actividades profesionales, el neocorporativismo se estructura sobre cierta identidad: mujer, indígena, homosexual.

nunció públicamente, ni estableció alianzas o apoyó candidatos. En 1988 tampoco realizó tales acciones, pero al menos se propuso incorporar a la agenda electoral asuntos de la problemática específica femenina.

Tras el grave conflicto electoral de 1988 se abrió una nueva dimensión en las conciencias ciudadanas y muchísimas feministas sintieron la urgencia de vías distintas para expresar su inconformidad.³⁰ Pero al reevaluar la izquierda el papel de la democracia representativa surgieron nuevas disposiciones en torno a la relación con el estado. Lo significativo fue el cambio de actitud: un sector del movimiento asumió el pacto político como un mecanismo democrático responsable. Esto generó nuevos estilos organizativos —integración a comisiones gubernamentales de trabajo, formación de instancias de consultoría a partidos, alianzas con funcionarias y políticas— y lentamente despuntó una aspiración republicana.

Si en los setenta y ochenta el antipriísmo de la mayoría feminista se tradujo en el antigobiernismo opuesto a cualquier acción conjunta con instancias gubernamentales, en los noventa las ideas sobre la participación ciudadana estimulan la necesidad de influir en las políticas públicas. Esto se expresa en tres dimensiones, dos de las cuales se asocian a la tríada fundante de demandas que cohesiona al movimiento. En primer lugar, la experiencia del trabajo respecto a la violencia sexual, única exigencia “respetable”, retomada con beneplácito por todo el espectro político (la derecha incluida), replantea las alianzas con mujeres en el gobierno y el aparato estatal y valora los acuerdos políticos entre las mujeres.³¹ Algo queda claro: se requieren más mujeres en puestos políticos, y esto intensifica la lucha para corregir

³⁰ A raíz de los conflictos post-electorales de 1988, cobra visibilidad en México el debate sobre el respeto al ejercicio de la ciudadanía. Algunos sectores desarrollan una reflexión sobre las diversas experiencias de indefensión ciudadana ante el poder estatal y sus varias vertientes: policial, judicial, burocrático, militar, fiscal. La penalización del aborto es otra experiencia más de la arbitrariedad del estado, sólo que el discurso radicalizado del feminismo mexicano no lo formula claramente así, ni de manera tal que se pueda colocar en la agenda política de los partidos y en la agenda pública del gobierno.

³¹ Un grupo de presión, el Grupo Plural, fue creado por feministas, diputadas, académicas y funcionarias para introducir una Ley sobre delitos sexuales. La ley salió gracias a la alianza de las diputadas de todos los partidos.

la carencia numérica existente, lo cual deriva en el debate sobre las cuotas de mujeres en los partidos.³²

La segunda dimensión es la relativa a la lucha por la despenalización del aborto. Luego de más de veinte años de exigir “aborto libre y gratuito”, sin el menor resultado, un grupo de feministas modifica su discurso, demanda reformas posibles y se dirige a la sociedad y a los tomadores de decisiones.³³ Al reconocer en el aborto el punto límite de la libertad y autonomía de las mujeres, y al comprobar la resistencia de los partidos a enarbolar la demanda de cambio de ley, estas feministas plantean nuevas formas de participación ciudadana en torno al tema.

En 1993 este cambio es favorecido por el clima internacional, con diversas actividades preparatorias de la Conferencia sobre Población y Desarrollo a realizarse en 1994 en El Cairo. Al sentirse parte de un movimiento mundial, varias integrantes de organizaciones no gubernamentales feministas comparten la estrategia de influir en el gobierno a través de una decidida participación en los escenarios políticos internacionales. Las dos conferencias de Naciones Unidas, la de Población y Desarrollo (Cairo 1994) y la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing 1995) son muy útiles porque demandas nacionalmente acalladas —como el aborto— se vuelven objetos discursivos en foros internacionales, y se obliga al gobierno a tomar una posición al respecto.³⁴

La coordinación de ONG “Por un milenio feminista”, que congrega a 260 organizaciones de todo el país (más de la mitad de las 500 registradas que trabajan con mujeres) asume como tarea del movi-

³² El PRD fue el primer partido en otorgar el 30% de cuota. Ver Amalia García, Ifigenia Martínez y Nuria Fernández, “Las cuotas de las mujeres en el PRD: tres opiniones” en *debate feminista*, núm. 3, marzo 1991, México. Después fue el PRI, ver María Elena Chapa, Congreso de Mujeres para el Cambio, “Por qué el 30% mínimo de las oportunidades políticas para las mujeres”, en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, México. Hasta la fecha el PAN se niega a dar cuotas.

³³ El Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE) se forma en 1991, cuando la reforma al artículo 130 de la Constitución hecha por el gobierno de Salinas le da presencia legal a la iglesia católica. GIRE se constituye como asociación civil sin fines de lucro en 1992.

³⁴ Ver M. Lamas, “Movimiento feminista y discurso político: los derechos sexuales y reproductivos en la construcción de una ciudadanía moderna”, en *Avances en sexualidad y salud reproductiva*, Juan Guillermo Figueroa y Claudio Stern, COLMEX, México, 1998.

miento ratificar en Beijing la plataforma de El Cairo, con avances considerables en el área de la salud reproductiva. "Por un milenio feminista" realiza reuniones en los estados y abre un espacio para el diálogo y la negociación intergrupal. Varias feministas son parte de la delegación oficial en esas conferencias, con lo cual se gana experiencia para cabildear e influir, y se genera conciencia sobre los alcances del feminismo internacional.

Al margen de otras consideraciones, el debate en torno a estas conferencias de Naciones Unidas legitima en la esfera pública nacional la visión que sitúa al discurso feminista como "perspectiva de género".³⁵ El mismo término género constituye una forma de comprender las relaciones entre los sexos y el origen de la subordinación de las mujeres.³⁶

La tercera dimensión es la reorientación "hacia afuera" del activismo. Si muchas feministas se incorporan a organizaciones civiles mixtas con reivindicaciones ciudadanas, también el impacto por lo ocurrido en Chiapas desde 1994 reactiva a un sector del movimiento en relación con el EZLN, insertándolo en la dinámica política nacional. Estos dos ejes, el cívico y el pro-zapatista, delimitan los intereses y el desarrollo político del feminismo.

En 1996, el gobierno da a conocer su proyecto de creación de una instancia estatal para las mujeres. Por primera vez el movimiento feminista propone candidatas. El 8 de marzo de 1996 el gobierno anuncia el Programa Nacional de la Mujer y conocidas feministas aceptan participar en sus dos instancias: el Consejo y la Contraloría. Unos días después, durante el Congreso Feminista por el Cambio Social,³⁷ se habla de esas designaciones como un logro del movimiento. El cambio es muy positivo, al reivindicar como mérito colectivo lo que antes se hubiera interpretado como cooptación individual.

³⁵ Si bien perspectiva de género es el posicionamiento desde el cual se analiza lo social con conciencia de que "lo propio" de las mujeres y "lo propio" de los hombres son construcciones culturales, en varios ámbitos se la conceptualiza como la perspectiva que "incluye" a las mujeres. Sea en su acepción amplia o en la restringida, la perspectiva de género obliga a poner atención a muchas demandas feministas.

³⁶ Es elocuente que el Vaticano se haya pronunciado en contra del término "género", y haya presionado en ambas conferencias para la eliminación de esa palabra.

³⁷ Realizado el 21, 22, 23 y 24 de marzo de 1996. Claustro de Sor Juana, D.F.

Ese mismo año, ante la enorme brecha entre gran participación y representación incipiente, muchas feministas toman conciencia de la paradoja de la falta de reconocimiento de sus liderazgos y plantean la creación de distintas instancias: una articulación nacional del movimiento feminista, con participación individual (la Coordinación Nacional Feminista por el Cambio Social), un espacio mujerista de coincidencia de todas, desde pro-zapatistas hasta panistas (la Asamblea Nacional de Mujeres) y la nueva figura de agrupación política mixta (Diversa).

Actualmente la mayoría de los grupos en el movimiento han cristalizado su presencia en tres expresiones notorias: la profesionalización, mediante financiamiento, de grupos institucionalizados que abordan temas específicos (salud, educación, violencia), con cabildeo político de demandas; la legitimación —académica y política— de la perspectiva de género, con la proliferación de programas de estudio, cursos, coloquios, publicaciones, foros e investigaciones; y la consolidación, en el ámbito público, de un discurso “mujerista” que recoge, a pesar de todo, muchas preocupaciones y aspiraciones feministas.

El logro político del feminismo es precisamente este discurso, que ha impulsado la exigencia de derechos por parte de las mujeres comunes y corrientes. Saber que se tienen derechos ha sido de lo más eficaz para enfrentar el sexismo. Sin embargo, pese a que el gran éxito del feminismo mexicano es, en palabras de Monsiváis, que las tesis del feminismo están presentes ya en la conducta de las mujeres,³⁸ las feministas todavía no figuran como interlocutoras de peso en el mundo de la política. Esto se relaciona con varias cuestiones.

Por un lado, tiene que ver con la ausencia de fuerza organizada del feminismo, carencia que lo vuelve poco interesante para los partidos. Las “bases” naturales del movimiento son las mujeres de los sectores populares que, a su vez, responden a intereses políticos partidarios y de otros movimientos, como el urbano popular. Además, como se congela a las feministas con el cliché de abortistas o lesbianas, esto no trae oleadas de seguidoras. Persisten todavía las mujeres de clase media, que en los setenta conformaron el grueso del movimiento, pero su número va en disminución. A esto se suma la casi

³⁸ Carlos Monsiváis, comunicación personal, 29 de noviembre, 1998.

nula participación de jóvenes. Si bien en los setenta las jóvenes veintiañeras de clase media ingresaron al movimiento y se organizaron en pequeños grupos, hoy se da una seria crisis generacional: las militantes feministas son generalmente mujeres de entre 40 y 55 años. Puede interpretarse la notable ausencia de juventud como resistencia de las jóvenes ante formas organizativas que no consideran propias. Y también se debe a ineficacia política de las feministas, al no favorecer su discurso la participación de las jóvenes. Sin embargo, la escasa fortaleza numérica del movimiento contrasta con su presencia simbólica. La convocatoria del feminismo ha movilizado con gran eficacia política a un grupo de mujeres destacadas: escritoras, artistas, funcionarias y políticas.³⁹

Por el otro, su debilidad también tiene que ver con que a pesar de que muchas personas y organizaciones políticas incorporan las tesis del feminismo, no aceptan a un movimiento que está identificado públicamente con el aborto y el lesbianismo. Quienes conceden legitimidad a estas demandas en privado, no están dispuestos a hacerlo en público. El aborto y el lesbianismo trastocan el paradigma vigente de "normalidad" y de "naturalidad" de lo que es una mujer, y atentan contra dogmas de la iglesia católica, arraigados en la sociedad. Por eso, la defensa de los derechos sexuales y reproductivos asumida por el movimiento feminista dificulta su aceptación en la política nacional. Ningún partido desea enemistarse con la iglesia católica asumiendo como legítimas estas demandas feministas.

Si a este obstáculo se le suma la propia dinámica de sus militantes, resulta fácil comprender lo que ha frenado el desarrollo político del movimiento. Feministas ilusionadas con la reivindicación de la igualdad o seducidas con la glorificación de la diferencia han desarrollado un activismo extremo, donde ha sido menos importante obtener un logro político que compartir la sensación de pertenencia, comunicar al mundo sus creencias y disfrutar el placer indudable de la relación grupal.

³⁹ La reciente campaña por la liberación de Claudia Rodríguez, una mujer que hirió al hombre que intentaba violarla, es muestra de la capacidad de coordinación feminista. El agresor murió a las pocas horas por falta de atención médica y Claudia fue detenida y encarcelada. Su proceso catalizó a feministas de todas las tendencias y a mujeres famosas de diversos ámbitos. Ver Ma. Victoria Llamas y Claudia Rodríguez Ferrando, *Claudia. Una liberación*, Plaza y Janés, México, 1998.

Sin embargo, la necesidad de hacer política hoy pone límites al desborde de subjetividades que caracteriza al activismo feminista. Por eso, aunque son frecuentes los comentarios nostálgicos por las reuniones con “espacio para las cuestiones personales”, el impacto de las emociones en el quehacer público comienza a ser un tema de reflexión informal. Los cambios hacia formas políticas menos personalizadas todavía producen rechazo, pero por primera vez en muchos años al lema “lo personal es político” lo acompaña la prevención: “pero también lo personal puede ser patológico”.

La tentación de la política

Tal vez la principal lección aprendida por el movimiento feminista a finales de los noventa es la inexistencia de la unidad natural de las mujeres; la unidad tiene que ser construida políticamente. Esto ha erosionado en algunos grupos el pensamiento mujerista, y, a su vez, ha revalorado la relación con las demás fuerzas políticas. Cada vez hay más feministas trabajando de cara a la sociedad, estableciendo alianzas y decididas a ganar espacios.⁴⁰ Además de pretender influir en coyunturas electorales, es evidente el extraordinario interés de feministas en toda la república por construir una agenda común.

Pero aunque un sector ya sabe que la política como purismo o autonomía a ultranza no permite construir relaciones democráticas, otro sector todavía se problematiza muy intensamente por la participación en la política tradicional. Estas organizaciones feministas han cambiado su antiguo miedo a la cooptación por el gobierno por el nuevo temor a la mediatización de los grupos que buscan institucionalizarse. Ante la contraposición entre radicalidad y reformismo, la antigua reivindicación por la autonomía cobra hoy una actualidad impresionante.⁴¹

⁴⁰ “Ganar espacios” fue el lema de la campaña por las acciones afirmativas que se decidió en el VII Encuentro Nacional Feminista, en 1992. Ver “Feminismo, vida cotidiana y política: una propuesta de acción afirmativa”, en *debate feminista*, núm. 7, marzo, 1993.

⁴¹ En el artículo de Ximena Bedregal “Ruptura de acuerdos de feministas autónomas” en *Triple jornada*, núm. 3, 2 de noviembre, 1998, se habla de la crítica a “la

Unas tratan a la autonomía desde una perspectiva eminentemente separatista, manifestando su temor ante la posible "asimilación" o "desvirtuación" de las propuestas feministas; otras, defienden una noción de autonomía que integra la relación política con diversos interlocutores, privilegia las alianzas y pretende influir con eficacia política sin ceder en principios. En medio se encuentra una pluralidad de matices. Pero no precisar qué se entiende por autonomía o mezclar autonomía política con autonomía organizativa deriva en dinámicas de intolerancia. Esto arroja un saldo más bien escaso en cuanto a la posibilidad de diálogo interno y la formación de instancias de acción unitarias.

Además, esta contraposición refleja la distinción que hace Mouffe de las concepciones de lo político y la política: unas, las "puras" y "duras", interpretan el feminismo como el arma para enfrentar lo político, por lo cual la intervención pública se ve como una amenaza que neutralizaría la "esencia" radical de las demandas feministas. Resentimientos y paranoias se entrecruzan en torno a una opción que les parece despreciable: la negociación política, vivida con su doble connotación de traición y transa con el "sistema". Además, el reformismo empaña el heroísmo de la militancia revolucionaria.

Por su parte las convencidas de que hay que actuar en política se pronuncian por la idea de la política como negociación de los conflictos. Pero aunque ya no idealicen la política feminista al reorientar su radicalismo hacia las prácticas democráticas, tampoco están exentas de nostalgias revolucionarias. Muchas siguen atrapadas en rivalidades absurdas, pues la lógica identitaria confronta a compañeras con múltiples coincidencias políticas sólo porque pertenecen a redes o instancias distintas.⁴² Esos tropiezos, consecuencia de "la política de identidad" que favorece que en los grupos se encaucen inquietudes políticas y vitales, sin la necesaria separación entre hacer y ser,⁴³ pro-

tecnocratización y suavizamiento [*sic*] que ha atravesado al feminismo latinoamericano en la última década". El artículo ofrece un atisbo de los conflictos y las prácticas de las autodenominadas autónomas.

⁴² Tal es el caso, por ejemplo, de las integrantes del Foro Nacional Mujer y Políticas de Población y de la Coordinadora Por un Milenio Feminista.

⁴³ Ver Bondi, art. cit.

ducen dislocamientos discursivos, falsas oposiciones y confrontaciones personalizadas.

Además, hay una situación paradójica del movimiento: no se escucha la voz de las víctimas, y las activistas y simpatizantes del movimiento persisten en un discurso victimista irritante. En especial, es grave constatar que no hay mujeres no feministas debatiendo en torno a lo que significa, práctica y políticamente, el sexismo. A pesar de la filtración de las dimensiones políticas y filosóficas del feminismo en la vida cotidiana, la lucha por la despenalización del aborto ha impedido la aceptación política del movimiento. Aunque esta lucha ha recibido apoyo de destacados intelectuales, científicos y artistas,⁴⁴ el movimiento no ha logrado coordinar a sectores de mujeres comunes y corrientes en torno a esta crucial demanda. Si bien hay conciencia de que para dejar de ser víctimas se necesita asumir el control del propio cuerpo, también existe gran resistencia ante posiciones muy estigmatizadas por la ideología católica hegemónica.

Pero por lo menos se le reconoce al feminismo, como movimiento organizado, un mérito: una especie de capacitación emocional, política e intelectual que obliga a dejar de ser víctimas. Visto así, las dificultades para la construcción de una nueva configuración política cobran una dimensión distinta. Aunque todavía hay activistas refugiadas en pequeños grupos sectarios, y aunque también las integrantes de organizaciones civiles exitosas tienen actitudes mujeristas e identitarias, el impacto político del movimiento es visible en la vida de muchísimas mujeres. Más allá de las unanimidades o discrepancias de siempre, o de las competencias absurdas dentro de una misma corriente política, los objetivos generales del movimiento son retomados silenciosamente a lo largo y a lo ancho del país.

Crecientemente más personas y organizaciones cobran conciencia del trabajo reflexivo sobre la diversidad, indispensable en las identidades políticas democráticas, y cuestionan ciertos principios identitarios excluyentes. Muchas feministas ya funcionan más a partir de realidades políticas que de posturas ideologizadas: asumen la dimensión pragmática de la intervención política y empiezan a mani-

⁴⁴ En el desplegado coordinado por GIRE el 28 de mayo de 1998 firmaron Octavio Paz, Elena Poniatowska, Carlos Fuentes, Angeles Mastretta, Carlos Monsiváis, y 60 personalidades más.

festar pasión por negociar conflictos. El anhelo democrático propicia una recomposición interna, donde las reivindicaciones mujeristas son desplazadas lentamente.

Simultáneamente, la aparición de nuevos contextos políticos, con personas amigas y aliadas en el poder, enriquece y vuelve complejo el panorama. Las feministas hartas de la mera expresión declarativa de los valores feministas, reconocen que el avance del movimiento pasa también por una mayor participación, y ocupan puestos en las estructuras partidarias y gubernamentales.⁴⁵

Así, al finalizar su tercera década, un sector sustantivo del movimiento feminista está dejando atrás el modelo de activismo⁴⁶ de feminismo de izquierdas o ideológico. De la fragmentación interna y la identificación apasionada con puntos de vista sectarios así como de una gran reticencia a colaborar con quienes tienen puntos de vista diferentes, muchos grupos se acercan al modelo de los grupos de interés, que ponen el acento en la igualdad de derechos en la esfera jurídica y que trabajan políticamente como grupos de presión.

Por eso, quizás este sea el cambio más notable a finales de los noventa: la voluntad feminista de hacer política articula de otra manera la acción ciudadana antisexista. Las "institucionalizadas" se esfuerzan por conciliar sus motivaciones privadas con las necesidades públicas y se proponen adquirir capacidades políticas básicas y desarrollar una práctica menos endogámica. Pero la creciente especialización y profesionalización también introduce elementos de competencia antes insospechados: se oyen críticas al elitismo, a los privilegios universitarios y vuelven a aparecer expresiones populistas y antintelectuales.

Ahora bien, la apuesta por una política distinta implica algo más que impulsar los temas, demandas y cuestionamientos relativos a la diferencia sexual: es aceptar en el seno del quehacer político, en las organizaciones mismas, a la propia diferencia sexual. Si en verdad se está contra el esencialismo, si se considera que importa el pensamiento y el compromiso, entonces es hora de exigir coherencia. Mo-

⁴⁵ El nuevo contexto político, con el triunfo de la oposición de izquierda en la ciudad de México, re-posiciona las tareas feministas.

⁴⁶ Joyce Gelb, "Feminismo y acción política", en *Los nuevos movimientos sociales*, Russell J. Dalton y Manfred Kuechler comps., Edicions Alfons El Magnànim, Generalitat Valenciana, 1992.

dificar el reparto de tareas, de tiempos, de asignaciones sociales, reconociendo la diferencia sexual y el género, no es pensar sólo en las mujeres, o dirigirse sólo a ellas: es pensar en cada circunstancia, en cada situación, qué ocurre con los hombres y qué con las mujeres.

Por eso asumirse como sujetos políticos republicanos y democráticos, no victimizadas ni sometidas, ha llevado a muchas feministas a ver en el respeto a la diferencia una reivindicación que produce otro proceso de inclusión de los hombres, no sólo discursivo, sino material. Una organización mixta introduce un vuelco en la concepción tradicional del movimiento feminista y es una opción riesgosa, sobre todo hoy, cuando grandes sectores de mujeres que padecen el machismo se han decidido a actuar, y descubren las mieles del mujerismo. Quienes recién se asumen como mujeres (políticamente hablando) desconocen las limitaciones de una política arraigada en la identidad, y se ilusionan con los mitos ya cuestionados hace más de diez años en Taxco. Sin embargo, conformar una fuerza política de personas feministas (mujeres u hombres) es una posibilidad ante el riesgo de que, una vez más, el feminismo invierta sus energías "dentro" del movimiento, con poco impacto hacia afuera.

Tal parece que la transición a una acción política con orientación feminista —no mujerista— ya está en curso. Sin embargo, no será fácil que muchas de las afiliadas a Diversa (agrupación feminista mixta) abandonen la política de la identidad por una política con un enfoque más amplio, ciudadano. Para ello es necesario retomar la crítica de la materialidad de las relaciones sociales y cuestionar con más rigor ciertas estructuras de poder. Esto implica forjar una práctica que desentrañe ciertas necesidades subjetivas y que amplíe la conceptualización de ciudadanía vigente. La noción del ciudadano como portador individual de derechos protegidos por el estado minimiza un aspecto esencial: su participación. Entender el ejercicio de la ciudadanía como un compromiso colectivo de los ciudadanos en la resolución de sus asuntos y los de su entorno enriquece la caracterización tradicional y propicia una concepción moderna: ciudadanía como la capacidad de autodeterminación de los agentes del desarrollo.⁴⁷

⁴⁷ Antonio Camou en "¿Identidades a medida? (o de cómo entrar y salir de la modernidad por la puerta que más nos gusta)", en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, México.

Redefinir las fronteras de la acción ciudadana supone un desafío interesante para las feministas: mejorar su posición en el orden político existente al mismo tiempo que pretenden transformar ese orden. Ahora bien, tal vez crear procesos de unificación y lograr objetivos para el conjunto de la sociedad propicie un ejercicio ciudadano susceptible de alterar la balanza del poder institucional, transforme el discurso político actual y abra la política a nuevas identidades y nuevas prácticas políticas. Esto requiere descubrir algo fundamental que sostiene la política: la subjetividad. Barcellona dice que el “terreno de recuperación de la subjetividad es la existencia, el sufrimiento, el dolor de la vida que nos impide decir ‘yo soy nada’.”⁴⁸ De ahí la importancia de decir “soy algo”: soy mujer, soy indígena, soy homosexual. Armar una praxis colectiva que reconozca las identidades particulares y que sea capaz de rebasarlas en una aspiración más amplia es tarea del proyecto democrático. Para abordarla bien se requiere comprender cómo el proceso de socialización y de introyección psíquica de lo cultural es determinante en la constitución de algunas identidades políticas. Desde allí se podrá avanzar en una praxis colectiva distinta, que produzca otras subjetividades, menos egoístas y autocentradas, más solidarias y altruistas.

Barcellona dice que la libertad de los individuos y la igualdad se basan en el “nosotros” y que “la democracia es una gramática común que funda la libertad individual”.⁴⁹ Tejer nuevos vínculos sociales, reparar el tejido social con un sentido distinto, no corporativista, requiere una construcción diferente de un “nosotras”, que resuelva de manera productiva la confrontación con el “ellas” y el “ellos”. Este desafío, que refleja la tensión entre el reconocimiento de la diversidad y su superación en una acción ciudadana más amplia, se ha vuelto una necesidad apremiante en el feminismo.

En ese sentido, el movimiento requiere aceptar la idea misma de diversidad en su seno y comprender que el hecho de que existan distintas tendencias y posiciones diferentes lo vigoriza. El feminismo, en una sociedad machista, es por naturaleza radical. Por eso todas las distintas perspectivas estratégicas —de las negociadoras a

⁴⁸ Barcellona, *op. cit.*, p. 151.

⁴⁹ *Idem*, p. 154.

las intransigentes— confluyen en una misma dirección: lograr que la diferencia sexual no se traduzca en desigualdad. Lamentablemente el reduccionismo identitario propicia la fragmentación. Sólo un proceso autocrítico que hasta la fecha el movimiento feminista no ha realizado favorecerá la construcción de una práctica política digna de ese nombre.

Quienes todavía creemos en la posibilidad de una política de izquierda pensamos posible una coalición de diversidades, que renuncie al reclamo identitario, esencialista y excluyente, y apunte a un futuro donde el respeto a los derechos sexuales y reproductivos sea un eje fundamental de ejercicio democrático y republicano. En este horizonte el papel del feminismo, desde sus distintas posiciones, es clave e imprescindible.

Bibliografía

- Acevedo, M., A. Del Valle, M. Lamas, M. E. Sánchez, y G. Zamarrón, "Piezas de un rompecabezas", revista *fem.*, núm. 5, México, 1978.
- Acevedo, M., M. Lamas y A. L. Liguori, "México: una bolsita de cal por las que van de arena", revista *fem.*, núm. 13, marzo-abril, 1980, México.
- Aguilar Villanueva, Luis F., "¿De quién es la política?", en *debate feminista*, núm. 4, septiembre, 1991.
- Amorós Puente, Celia, *Mujer; participación, cultura política y estado*, Ediciones la Flor, Buenos Aires, 1990
- Barcellona, Pietro, *El individualismo propietario*, Ed. Trotta, Madrid, 1996.
- Bartra, Eli, et al., *La Revuelta*, Martín Casillas Editores, México, 1983.
- Bedregal, Ximena, "Ruptura de acuerdos de feministas autónomas" en *Triple jornada*, núm. 3, noviembre, 1998.
- Birgin, Haydée et al., "Del amor a la necesidad", en revista *fem.*, núm. 60, diciembre, 1987.
- Birgin, Haydée, "Vivencias del encuentro de Chile: lo personal y lo político" en *debate feminista*, núm. 15, abril, 1997.
- Bondi, Liz, "Ubicar las políticas de la identidad", en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996.

- Camou, Antonio, "¿Identidades a medida? (o de cómo entrar y salir de la modernidad por la puerta que más nos gusta)", en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, México.
- Cano, Gabriela, "Revolución, feminismo y ciudadanía en México (1915-1940)", en *Historia de las Mujeres. El siglo XX*, editora Françoise Thébaud, Taurus, Madrid, 1993.
- Castellanos, Rosario, "La liberación de la mujer, aquí", en *Excelsior*, 5 de septiembre, 1970. Reproducido en *El uso de la palabra*, Ediciones de Excelsior, México, 1974.
- Chapa, María Elena, "Por qué el 30% mínimo de las oportunidades políticas para las mujeres", en *debate feminista*, núm. 14, octubre, 1996, México.
- Dietz, Mary G., "El contexto es lo que cuenta. Feminismo y teorías de la ciudadanía", en *debate feminista*, núm. 1, marzo, 1990.
- EMAS, CIDHAL, GEM, MAS,CEM, COVAC, APIS (eds.) *Feminismo y sectores populares en América Latina*, Jornadas feministas, México, D. F. noviembre de 1986, México, septiembre, 1987.
- EZLN, "Ley Revolucionaria de las Mujeres", reproducido en *debate feminista*, año 5, vol. 9, marzo, 1994.
- García, Amalia, Ifigenia Martínez y Nuria Fernández, "Las cuotas de las mujeres en el PRD: tres opiniones" en *debate feminista*, núm. 3, marzo, 1991, México.
- Gargallo, Francesca, "El feo encuentro de la necesidad", en *debate feminista*, núm. 15, abril, 1997.
- Gelb, Joyce, "Feminismo y acción política", en *Los nuevos movimientos sociales*, Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (comps.), Edicions Alfons El Magnànim, Generalitat Valenciana, 1992.
- Hirschman, Albert O., *Interés privado y acción pública*, FCE, México, 1986.
- Lamas, Marta, "El movimiento feminista en la década de los ochenta", en *Crisis y sujetos sociales en México*, editor Enrique de la Garza Toledo, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades UNAM y M. A. Porrúa, México, 1992.
- Lamas, Marta, La lucha feminista ante el silencio de la izquierda, en *La Jornada Semanal*, Nueva Época, núm. 181, 22 noviembre, 1992.
- Lamas, Marta, "El movimiento feminista en México. Una interpretación" en *Mujeres y participación política: Avances y desafíos en América Latina*, Magdalena León (edit.), Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994.

- Lamas M., A. Martínez, M. L. Tarrés y E. Tuñón, "Building bridges: the Growth of Popular Feminism in Mexico", en *The Challenge of Local Feminisms. Women's Movements in Global Perspective*, editado por Amrita Basu, Westview Press, Boulder, 1995.
- Lamas, M., "Movimiento feminista y discurso político: los derechos sexuales y reproductivos en la construcción de una ciudadanía moderna", en *Avances en sexualidad y salud reproductiva*, Juan Guillermo Figueroa y Claudio Stern, El Colegio de México, México, 1998.
- Lamas, M., "De la A a la Z: A Feminist Alliance Experience", en *Women's Participation in Mexican Political Life*, Victoria Rodríguez editor, Westview Press, 1998.
- Lau Jaiven, Ana, *La nueva ola del feminismo en México*, Ed. Planeta, México, 1987.
- Lovera, Sara, "Magro fruto de la batalla por lograr una bancada feminista", en *debate feminista*, núm. 4, septiembre, 1991.
- Monsiváis, Carlos, comunicación personal, 29 de noviembre, 1998.
- Mouffe, Chantal, "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", en *debate feminista*, núm. 7, marzo, 1993.
- Tarrés, María Luisa, "Hacia un equilibrio de la ética y la negociación", en *debate feminista*, núm. 7, marzo, 1993.
- Tuñón, Esperanza, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*, Miguel Ángel Porrúa, PUEG, Ecosur, México, 1997.
- VII Encuentro Nacional Feminista, "Feminismo, vida cotidiana y política: una propuesta de acción afirmativa", en *debate feminista*, núm. 7, marzo, 1993.